

UNO DE LOS POCOS *

Por ELIAS AMEZAGA

Hay martes en que uno debía quedarse en casa, sean 13 o no. Y éste es uno de ellos. Por un lado, un frío siberiano viene a saludarnos con su aliento de nieve. Por otro, me llega una carta de Salamanca, esas simples líneas: «Vivo la angustia de la agonía interminable de nuestro José Ignacio Tellchea. Incomprensibles los designios de Dios».

Cojo el teléfono. Ya mi corresponsal está en Madrid, cualquiera sabe en qué señas. Llamo a la hermana del investigador. «No lo sé. ¡Ojalá lo salvemos una vez más! Ya tuvo hace unos meses que operarse de la dichosa vesícula». «¿Qué se puede hacer por él? ¿Sólo rezar?». «Creo que si no eres médico, nada más». «¿Visitarle, darle ánimos?». «Ni a mí siquiera me dejan verle más que un rato al día». «¿Y cómo está?». «Muy animado».

La verdad, no me lo explico. Derrochante de salud. De familia de una longevidad poco común. Le escuché este verano en una brillante conferencia en Azkoitia. Alguna vez más, está ya él en trance de irse a alguna parte. Tellechea Idígoras es el movimiento perpetuo. No descansa. Hay que decirle las cosas sobre la marcha. Y todo hecho, naturalmente, sin molestar a nadie, casi de puntillas. Va y viene de archivo en archivo. Cuando llego, me dicen los conserjes indefectiblemente: «Por aquí pasó». «¡Vaya! —pienso—, se me adelantó».

En cierta ocasión me encontraba en el nuevo departamento bibliográfico de la Biblioteca Nacional. Una mano detrás: «Por favor, podría decirme...». Me reconoció. «¿Tú aquí?». «José Ignacio, aquí me tienes a tu disposición». Y por dentro la satisfacción íntima de que por una vez y sin que sirva de precedente yo había llegado antes. ¿Que trato de Inquisición, de purismo reformador, de los

* «Deia», 7 Noviembre 1980.

alumbrados de Llerena o las heterodoxias de Valladolid?, referencia inmediata Tellechea Idígoras. Y a él acudo y él me ayuda indefectiblemente.

En Salamanca, me confesaba el pasado año su preocupación por el bajo nivel cultural de nuestro pueblo. Explicábame el desarrollo de un cursillo que diera en Euskadi. En la conferencia, la sala a tope. A la segunda, media sala. A la tercera, en familia. Se me antoja que le apunté que lo que sucede es que la cultura de los vascos es muy seleccionada y filtrada, en particular inclinándose a ciertas disciplinas. En cuanto barruntan que las otras se alejan de su predilección o la conexión con las de su agrado, se difuminan, se van a otra parte. ¿Por qué? Sigue coleteando la preocupación político-nacional. Queremos ser útiles al nuevo país. Y como todavía sigue en el aire, pues no queda más remedio que inclinarnos por aquella ciencia o arte que pueda más ayudarnos a construirlo.

Pero esto no justifica más que a medias semejante actitud y me llevó a considerar cuánta gratitud debemos a un buen número de vascos esparciendo cultura por el mundo, sin condicionamiento político ni patrioteril de ningún género: *per se*. En él, y lo cito en primerísimo lugar, autor de cientos de trabajos de investigación, entre ellos la exhaustiva labor de clarificar figuras tan polémicas como los arzobispos vascos Carranza y Palafox, o Larramendi, el pionero de nuestra cultura euskaldun, o Diego de Lazcano, estudios sobre la Reforma tridentina o publicación de documentos sobre las comunidades y la guerra de Navarra, catedrático de Historia de la Iglesia en la Universidad Pontificia de Salamanca y, como muy modestamente se calificó, «yo soy un forzado de la silla y de la máquina de escribir». Uno de los pocos en Salamanca, como Lamberto Echeverría, alavés, figura señera del Derecho Canónico, con discípulos esparcidos por todo el mundo; hasta hace poco Koldo Michelena, vasquizando esa ciudad tan entrañable para los vascos desde que adoptara por hijo suyo a Miguel de Unamuno, y durante el siglo se asentaran en él discípulos de la talla de Ignacio Aldecoa, el cuentista alavés, o profesores como Apraiz o Vicente Beltrán de Heredia, también alavés, que quise entrañablemente, cuyo saber parecía inagotable y hablaba de sucesos del Siglo de Oro que a uno le parecía que debió realmente vivirlos. El doctor Granjel, padre de la Historia de la Medicina española, especialista en la genera-

ción literaria del 98; Oroz Reta, agustino, filólogo, filósofo, catedrático, con otros dos vascos, Victorino Capanaga y el jesuita Elorduy, los que más saben de San Agustín; el dominico Teófilo Urdanoz Alda, historiador de la Filosofía. Y lo que pasa en esta pasa en otras Universidades. En Madrid, por ejemplo, otros prominentes compatriotas nuestros, Xabier Zubiri o José Luis Pinillos, sicólogo destacadísimo; el historiador donostiarra Artola, el también historiador Palacio Atard, el profesor Francisco Yndurain, rector de honor de la Universidad Menéndez y Pelayo; el biólogo franciscano Padre Abrisqueta, hombre joven y cuyos estudios genéticos sobre los monos llaman la atención del mundo. En Barcelona, Alcorta Echevarría, filósofo y académico de Bellas Artes; el oñatiarra Alberto de Castillo Yurrita, arqueólogo, historiador, fundador en Tossa del Mar del primer Museo de Arte Contemporáneo, el profesor de Estética y admirador amigo Fermín de Urmeneta. En Zaragoza, Lacarra, Rafael Olaechea...

Unos pocos. Casi todos ni de derechas ni de izquierdas, simplemente estudiosos, sencillamente vascos de pro que no necesitan preguntarse la graduación de sangre vasca que arrastran sus venas para percatarse que lo esencial ahora es culturizar.

Y que muchos de ellos volverían a nosotros si las pasiones dejaran de dañar nuestro granito de inteligencia rociado de pesticidas, si abriéramos una compuerta a nuestros romos cerebros para que entrara un rayo de luz a la cultura que no tiene fronteras, y que de una vez y para siempre debe ser asumida por todos.